

NOTAS DE SEVILLA



corretear por la ciudad.....

Es..... no importa el día; hora, la de las cuatro de la tarde. Siéntese un calor que pone de mal talante á los perros sin documentar que por las calles andan. Leves cintas de sombra á raíz de las casas, donde alguna que otra vieja descabeza el sueño, se observan; mientras que por la acera cruzan de vez en cuando con pasitos blandos algunos ejemplares de respetables presbíteros, calzados con zapatos de hebilla, que la sotana roza con ese ruido especial de las telas de alpaca ó de merino.

Las calles me parecen en esta primera excursión tortuosísimo laberinto que siempre desemboca en el mismo sitio.

Por todas partes hay cosas de álbum, fachadas de extraños estilos, caprichos de granito por encima de los pórticos, ruinas escenográficas, ventanas medioevales ó del Renacimiento embutidas en paredes modernas, claustros de ojiva, torrecillas, palacios blasonados, fortalezas árabes, arcos, pasajes eminentemente históricos, un no acabar de sorpresas legendarias, de suposiciones románticas, de soñar sin fin.....

De cada paraje en algún alto pintoresco surge la silueta severa de un templo, la rinconada de un claustro ó de un disimulado jardín, envuelto todo en una luz cernida y discreta, ó en un rayo de claridad escandalosa, genuinamente andaluza.

Entramos en casa de un amigo, verdadero ejemplar (la casa) de habitación de Sevilla, con cosas de palacio y sencilleces de campo—necesidades de aire libre y de aislamiento, inherentes á la independencia de raza—separando por misteriosa cancela el vivir de la familia del vivir de la vecindad, y aislando con galerías y pasillos la curiosidad de la calle de las intimidades y apartes del *chez soi*.

El pavimento es de loseta blanca y negra, formando rectángulos y grecas. Las paredes están blanqueadas de cal, manchadas con este y el otro cuadro de sabor arqueológico. Los techos formando artesones, con fondo de azulejos moriscos y ensamblaje de antigüedad.

El menaje es una orgía rica de muebles y objetos artísticos que revelan paciencias de anticuario y rasgos de partidarios del *comfort*.



La tarde refresca: el sol amarilléase poniendo toques de oro viejo en las claraboyas y vidrios de las iglesias; trinan los pájaros entre el arbolado de algún paseo, y como es vispera de alguna festividad, campanas innumerables repican alegremente recorriendo todos los tonos de la escala musical.

La tarde muere en el instante en que me detengo cerca de las estribaciones del Puente de Triana. Al tender la vista por el horizonte inmenso, abarco en ondulaciones seguidas el Paseo de las Delicias con sus hileras de árboles, que le dan aspecto de fronda. Hay manchas que surgen ante los ojos inopinadamente: distingo la fachada típica de la plaza de toros.

Derivo, ya el sol puesto, hacia el palacio de San Telmo.

Por delante de su fachada veo desfilar unida, compacta, una masa de gente, entre la que predominan las notas claras de los vestidos femeniles. Son las sevillanas. Denúncialas el ritmo de los andares, la firmeza y la elegancia en la manera de posar los pies, la esbeltez de la línea, lo delicado de la curva, los fuegucillos que danzan en la retina.



Un sacerdote cruza atravesando los grupos; los años hanle manchado de gris la cabeza; una devota se acerca. Él déjase besar la mano caquética con una sonrisa de beatitud y un gesto de resignación. Ella se aleja con sus veinte años comprometedores, porque es guapa y rotunda, y yo, sin poderlo remediar, siento así como resquemores por no haber sido el cura. ¡Nunca como entonces sentí la fiebre de la vocación!.....



Cuando la obscuridad lleva ya de vencida la luz crepuscular, la ciudad tórñase maravillosamente dramática, porque las líneas vulgares de las casas se desvanecen, las dimensiones se redoblan, las perspectivas se ahondan.

Es el momento en que los edificios purgados del modernismo cursi que los emplasta readquieren el buril de la Edad Media. Las porterías se agigantan, crece el lóbrego de los pasadizos, callejuelas y gargantas; sobreviene, en fin, de todas partes un agregado de trágicas aristas; tal como debió ser ha cuatro siglos la ex corte del rey don Pedro.

En muchas calles, las vecinas á la Catedral y la Giralda, los edificios asiéntanse sobre solidísimo muro ó sobre columnatas, en las cuales los primeros pisos forman paseo cubierto.

No hay medio de encontrar una casa en su debido alineamiento, ni una extensión de calle en el piso geométrico que el empedrado del día le asignó. Por todas partes ángulos y escuadras reentrando ó sobresaliendo de la recta; estrangulamientos y ampollas en la vía pública; ondulaciones y depresiones en la calzada, y, por último, esqueletos de ruina ahuyentando el crepúsculo con sugestivas formas tenebrosas.

Á cada paso, donde menos se espera, recuerdos de arquitectura y arqueología evocan los ciclos más salientes del arte y de la historia antigua.

En un lúgubre patio, y en una calle cuyo nombre no recuerdo, patio sombreado por la forja de un clavetero, una escalera empotrada en la pared, con un ligero balconcillo, conduce á otro patio superior, donde una puerta baja de ojiva da ingreso á una especie de caserón de brujas, mutilado en las esquinas, perniquebrado; luciendo en los sillares venerables la huella del tiempo, y dejando escapar por los tragaluces de calabozos, aquí y allí sangrando, como órbitas sin ojos, la luz interior que pestañea de algún fementido candil de petróleo.



Inscripciones, túmulos, azulejos encarados contra el aire por un prodigio de escenografía trágica; torres y fachadas sañudas; casitas alegres como la risa de un niño de cuatro años; atrios silenciosos; cabos y murallas de guerra sobre las cuales se ponen de bruces arbustos de jardín; camadas de civilizaciones que se comprimen y sobreponen; la ciudad antójase, á la luz que agoniza, una necrópolis museo de un gran pueblo que aguarda un profeta que sobre él desencadene en versículos de fuego el *dies ira* último, y cuna al mismo tiempo de la que puede resurgir en momento dado la apoteosis gloriosa de una generación eternamente joven, eternamente bella, con locas alegrías de infancia y rudas virilidades de hombre.

¡Sevilla, Sevilla! ¡Nadie como tú podría poner en el remate de tu Giraldillo el *Ego sum*, porque en ninguna parte se determina como en ti el yo personal!.....

V. LASTRA Y JADO.



EXPERIENCIA

Padres, tíos y mentores
Me decían: «Guarda, Juan,
Ó en el mundo te herirán
Mil enemigos traidores.»
Pensélo más tarde, y vi,
Á solas y sin testigos,
Que todos mis enemigos
Estaban dentro de mí.

JUAN TOMÁS SALVANY.



UN CUENTO Á BORDO.—CUADRO DE BOURGAIN.
(Paris.—«Salón» de los Campos Eliseos de 1893.)

NUEVAS COSAS HEINIANAS



CUANDO la noble España y su Reina Regente, sus preladados, sus oradores y sus poetas, en unión de los delegados de la América española y de todas las naciones cultas, y con asombro del mundo, daban en la solitaria Rábida, en la histórica Huelva, en la poética y oriental Sevilla y en la alegre y bulliciosa Madrid, con motivo del cuarto Centenario Colombino, muestras tan señaladas de su gratitud y amor á Colón, el peregrino de los mares, el heraldo de la Cruz que, confiando en su *Santa María*, robó su secreto al

Atlántico, y cuyo genio, cuyo pensamiento colosal, cuya obra, arrancando inevitablemente admiración á la humanidad civilizada, eran más grandes que su ambición inconmensurable, su infinita avidez y las altas condiciones y subido precio de autoridad y honores que previamente puso á su proyecto sublime, á su empresa incomparable; cuando España, Europa y América honraban á la grande, para los americanos tres veces santa Isabel, á que se deben las dos páginas brillantísimas de la historia española: la Reconquista y el Descubrimiento de América, la familia de *Enrique Heine* prestó un servicio grandísimo á la memoria del poeta que tiene admiradores, no sólo en Alemania, sino en España y en el mundo de Colón, y que después de haber soportado en su *colchón tumba* con la heroica fortaleza de un santo un suplicio sin segundo, la vida en la muerte ó la muerte en la vida, necesitando para poner en él sus indecibles dolores un sarcófago gigante que tuviese por hueco el mismo Océano, halló en la emperatriz Isabel de Austria la más entusiasta propagandista de su gloria, que hizo levantar en la isla de Corfú, en honor de ese Job entre los vates, un soberbio monumento de mármol que hubiera podido envidiar el mismo Apolo.

Á nuestro Heine, á quien reclaman como suyo los fran-

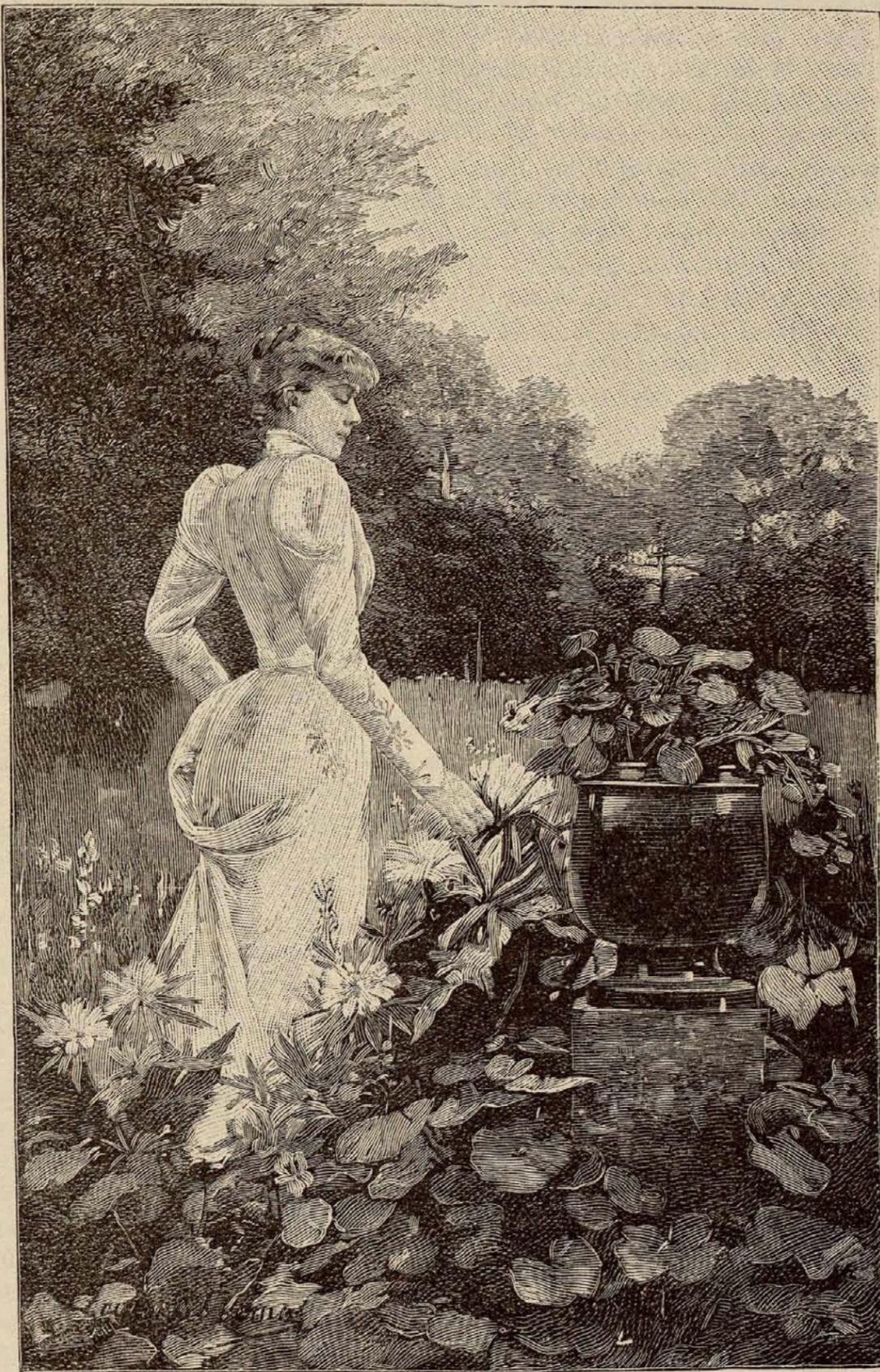
ceses, atribuyéndole la ironía de Rabelais, de Voltaire y de Diderot, le aman los españoles de todos los matices, desde Eulogio Florentino Sanz, Mariano Gil Sanz, Gustavo Adolfo Bécquer, Juan Valera, Marcelino Menéndez y Pelayo, Teodoro Llorente, José J. Herrero y Manuel María Fernández, hasta J. L. Estelrich, y el poeta pintor catalán Apeles Mestres; y los americanos, desde Francisco Sellés, hasta J. A. Pérez Bonalde y Ricardo Palma. Dice el citado Sr. Estelrich, en el prólogo de su hermosa traducción de *Los Reisebilder* (Cuadros de viaje) que acaba de dar á la estampa en Palma de Mallorca: «Quiero á Heine, Heine, con su entereza y cabal ironía, sin la cual Heine no sería Heine.»

En las canciones dulces, en sus cantos armoniosos de Lorelei habla el alma del pueblo alemán; pero adversario acérrimo de lo tradicional y consuetudinario, escupió Heine su odio diabólico y su sarcasmo á la frente de los pedantes y cócoras que los alemanes llamamos *filisteos*; y sus cantos, entusiasmando á los amigos de la libertad, eran relámpagos, llamas, tizonas. Pero, bajo la máscara de la ironía, tenía escondido un corazón ardiente, un corazón todo amor y bondad, que latía por sus padres, por su hermana y por sus parientes, tomando parte en todas sus alegrías y en sus dolores todos. Eso lo demostró la familia de Heine con la publicación del barón Luis de Embden, el sobrino del poeta, é hijo de Carlota Heine de Embden, que se titula *Heinrich Heines Familienleben* (La vida íntima de Enrique Heine), conteniendo 122 cartas del vate de Düsseldorf, que poseía su nonagenaria hermana Carlota, residente en Hamburgo, donde la visitó, hace algunos años, la emperatriz Isabel, cuya figura es una de las que se destacan con mayor relieve en las cortes de Europa. Aquellas epístolas abarcan treinta y cinco años, casi toda la existencia del poeta, desde el Marzo de 1820 al Noviembre de 1855, y constituyen un monumento del culto de la familia que distingue sobre todo á los judíos. No ha de buscar el lector en estos desahogos íntimos la prosa brillante del escritor, iluminada por la nervosidad y la ironía, ni esa poesía que sabía el gran artista cincelar en mármol terso; pero lo que pierde el estilista, lo gana con creces el hombre, por la bondad de

su corazón y la nobleza de su alma. Y, tratándose de un genio como Heine, todo aquello que refleje las intimidades de su triste existencia, reviste interés extraordinario y excepcional.

Para Heine eran seres ideales su madre y su hermana. Á esta última escribió ya en 1820: «¿Mereces también que yo te ame tanto? Quien ama á mi Lolita, á éste le amo yo también. Cuanto me escribes es tan dulce y puro, presentándome cada línea, cual espejo cristalino, tu alma bondadosa en toda su originalidad.» En 1848 la pregunta: «¿Te acuerdas todavía de la rosquilla que nos esperaba en la casa paterna el Año-nuevo, cuando niños, al beber el café que tenía tres habas y tres libras de achicoria? No había ningún átomo de azúcar. ¿Te acuerdas todavía de la gran cafetera, que se parecía á un tiesto de flores ó á un vaso romano? Era de bellísima lata negra.» En su postrer año tuvo la dicha inefable de volver á ver en París á su hermana. Cuando la mano querida de Lolita tocaba su frente, ya se sentía aliviado el enfermo.

Y ¿qué diré de su madre del alma? Ya se sabía que Heine fué caballerescamente rendido y tierno con su madre, y que le escondió durante el espacio de muchos años la enfermedad que padecía; pero en estas cartas vemos por primera vez los documentos de aquel amor entrañable y de aquel verdadero culto que tenía á su veneranda madre, y tantos rasgos nuevos y amabilísimos que embellecen el retrato del poeta. Si algunos escritos suyos habían de desencadenar un ciclón de rabia de un extremo al otro de la Alemania, estas cartas han de producir por doquier una impresión gratísima. El 21 de Enero de 1850 escribió á su madre: «¡Que el buen Dios te conserve, guardándote de dolores y de oftalmías! Conserva tu cara salud, y cuando las cosas no vayan siempre á pedir de boca, consuélate con el pensamiento de que pocas mujeres hayan sido amadas y reverenciadas de sus hijos como tú, y como lo mereces tú, madre queridísima, buena, honrada y fiel. ¿Qué son las otras comparadas con ti? Debe cubrirse de besos el suelo que pisas. ¡El invierno es tan crudo! ¡Ojalá que tuvieses calor en tu miserable casita próxima al *Dammthor*!» (Llábase *Dammthor* una puerta de Hamburgo.) Otro día escribió: «Con cada recrudescencia de la temperatura fría, pienso en tu querido cuerpo tan débil, en el techo decrepito de tu casa, en cada ráfaga que has de sentir, y mi corazón se angustia más de lo que podrías figurarte.» Otro día escribe: «La única persona en que el hombre puede confiar en este mundo de Dios, es la madre. Quien duda de eso, debía abandonar el mundo lo más pronto posible.»



ENTRE FLORES.—CUADRO DE MLE. ABLEMA.

Al enviar saludos á su hermano Gustavo, escribió: «Se me ocurrió anoche que cuando chiquitín decía Gustavo que amaba á su madre más que á su gato y hasta más que á seis gatos.» Y Enrique dijo, al hablar de su esposa: «Á ésta también la amo yo más que á seis gatos.» Pero decía de su madre: «La amo más que á todos los gatos del mundo.»

Desde el año de 1846, en que fué atacado de una enfermedad de la espina dorsal que lo torturó casi sin descanso hasta su muerte, buscaba siempre remedios para esconder á su madre el estado de su salud. En 1848 escribía: «Escribo estos renglones al aire fresco, en un pabellón verde, donde las luces del sol juguetean sobre mi papel, impidiéndome escribir. El papagayo grita, y mi esposa te da

saludos.» En Septiembre de 1848 prepara á su madre á la noticia de que tendría que tomar un secretario que escribiese sus cartas. De aquí en adelante sus cartas vuelven á ser más extensas porque las dictaba. En 1850 escribió á su madre: «Quisiera sobrevivirte para evitarte el dolor que te causará la nueva de mi fallecimiento, y este es el interés principal que me tomo por la vida. Cuando me faltes tú, moriré de buen grado. Me he hecho ya un loco muy triste, para quien pasaron los chistes.»

Pero pensaba también en su esposa, su Matilde, que llamaba su dulce malgastadora, y de quien decía: «Acude mi esposa, bella como la aurora, y disipa con su sonrisa los cuidados alemanes.» Saludemos llenos de reconocimiento á la que como un ángel vigilaba por Enrique cuando éste no era sino un muerto viviente. La esposa de Heine se parecía á la de Goethe, Cristina Vulpius. El ministro de Weimar, que en sus dramas y en sus poesías enaltecía la mujer noble, quería en su casa una sensualidad robusta, y no se hubiera considerado feliz con las otras mujeres de poetas que había en Weimar, ni con la señora de Wieland, que estaba decrépita ya en su juventud, ni con la sensible y quisquillosa Carolina Herder, ni con la espiritual y graciosa Carlota de Schiller, que era á la vez poetisa y mujer casera; pero dudamos que, con sus nervios y sus enfermedades eternas, con sus primos nobles, hubiera labrado la felicidad del gran hijo de Francfort. Cuán acertados hayan estado Goethe y Heine al escoger su esposa, lo demuestra el juicio de sus madres.

El 13 de Septiembre de 1841 escribió Enrique á su hermana: «Hoy, por fin, puedo comunicarte la nueva oficial de mi casamiento. El 31 del pasado Agosto me casé con Matilde Crescencia Mirat, con quien hace ya más de seis años me riño cada día. Ella tiene, sin embargo, un corazón noble y puro; es un ángel, y su conducta, durante los muchos años de nuestro trato, fué tan irreprochable, que todos los amigos y conocidos la llamaban un modelo de honestidad.» Es sabido que Heine se enlazó cuando tenía que batirse, y no sabiendo qué fin tendría su duelo, quería asegurar como hombre de bien el porvenir de la que había sido su compañera fiel. Según dice el Sr. Alejandro Weill en el libro titulado *Souvenirs intimes de Henri Heine*, el poeta conoció á la joven francesa en una guantería parisiense, brillando en la tienda su hermosura fresca como la mañana. Heine, que llamaba á su hermana, aun cuando casada, su muñeca de cristal, su caro y prodigioso juguete de vidrio, y que decía: «El matrimonio es un combate, y no importa que la mujer haga ver al hombre sus dientes, si éstos son blancos; ni que ella llore, si el llanto le sienta bien; ni que dé patadas en el suelo, si sus pies son diminutos», era un poeta libre como Goethe, á quien gustaban las mujeres que se acercaran á la naturaleza. Matilde, que se hizo la esposa del poeta alemán sin adivinar jamás la altura de su genio, le gustaba porque era una hermosa ave-cilla, no teniendo pensamientos en la cabeza, sino alegría en la garganta. La ignorante, la sencilla hija del pueblo, era para él un verdadero goce de la naturaleza, refrescándose su espíritu cansado en el contraste que había entre él y su mujer, ese prototipo de la modistilla de medio pelo. Ella no sabía nunca qué poeta tan grande fué su marido. Pero ¿qué importaba? Tampoco sabe el bosque qué cosa es

un poeta, ni el valle verde comprende los cantos que se entonan á su sombra. Matilde, la mujercita de Enrique, era una cosita insignificante y etérea, como el perfume de la flor, como el aura azul del cielo, como el aliento de la selva: todo eso no se puede tocar, ni siquiera ver, y sin embargo, refresca así el cuerpo como el alma, y no hay bienestar sin estas cosas insignificantes y etéreas. Los milagros que pueda hacer una mujercita de la madera de Matilde, no los comprende sino un gran poeta. Ella era candorosa y fiel, sí, pero también caprichosa é impetuosa, desamparada y perpleja como una niña de tres años. «Si Matilde fuese más sabia—decía Heine—no me ocuparía tanto de su porvenir. Ya ves que su simpleza es un don felicísimo de Dios, pues los otros han de tener cuidado de ella.» En 1844 presentó su familia parisiense, á saber, su mujercita, á su familia alemana (la de Hamburgo). Y á pesar de su papagayo y de sus caprichos, la niña parisiense, que no poseía el alemán, gustaba á los hamburgueses, á quienes encantaron sus rasgados y expresivos ojos, sus dientes blancos, sus labios púrpuros, sus cabellos castaños, sus formas sensuales y su alegría. Pero *anyorando* á su París, volvió pronto á la patria, y después de concluido su *Wintermährechen* (Cuento de invierno), la siguió el poeta, teniendo la nostalgia de su voz gruñidora, que le parecía un encanto de la existencia. De vuelta á sus penates, escribió: «Estamos mirándonos con ojos atónitos, riéndonos, abrazándonos, hablando de vosotros, volviendo á reírnos, y el papagayo grita como un loco. Celebro que vuelva á tener mis dosavecillas. Soy el hombre más feliz, á quien no falta sino una cabeza sana y su buena madre y su buena Lolita.»

Parece que esta última, á pesar de su inteligencia y de su cultura, que la hicieron apreciar el valer de su hermano, tenía algo de la naturaleza de la alegre Matilde.

Á veces exclamaba Enrique: «La fiebre de Matilde de gastar dinero es horrible. Y sin embargo, yo no soy avaro.» Hasta en su lecho mortuorio la mujer casera que tenía cuidado de todo, era el bueno de Enrique. Pero todas sus amonestaciones eran vanas: cuando él estaba enfadado, ella se reía y él la acompañaba en su risa. El sonido argentino de su voz tenía sobre él un efecto mágico. Hasta en su agonía le devolvió la vida cuando escuchaba sus lamentos: «No te mueras, Enrique mío; ¡ten piedad de mí! Hoy he perdido mi papagayo, y si tú te murieras también, sería yo demasiado infeliz.» Matilde, á quien llamaba Heine á veces el Vesubio de su casa, amaba á su marido un poquito más que á su papagayo. No se podía pedir más á esa alma cándida, á esa hija de la naturaleza que se pintaba á sí misma con la frase que acabamos de citar.

Murió el 17 de Febrero de 1883, el mismo día en que en 1856 falleció su ilustre esposo. Éste dijo en su testamento: «Desde hace cuatro años he renunciado el orgullo filosófico y vuelto á los pensamientos y sentimientos religiosos. Muero creyendo en un Dios único y eterno, el Creador de la tierra, cuya misericordia imploro para mi alma inmortal. Siento que en mis escritos haya hablado yo á menudo de las cosas sagradas sin el respeto debido; pero me sentía arrastrado más por el espíritu del tiempo que por mis inclinaciones. Sí, sin saberlo yo, he ofendido las buenas costumbres y la moral, que es la verdadera esencia de todas las religiones; pido perdón á Dios y á la humani-

dad.» ¡Cuán frágil es la voluntad del hombre! ¡Qué variables son su amor y su odio! Hoy la pérdida de los simulacros le llena de júbilo, y mañana llora por ellos y hace esfuerzos vanos para restituirlos.

Ha poco se veía sobre la tumba del poeta, que se encuentra en el cementerio de Montmartre, una corona ostentando un verso del vate, que dice:

«Das Leben ist der schwüle Tag,
Der Tod, das ist die kühle Nacht.
Es dunkelt schon, mich schläfert,
Der Tag hat mich müde gemacht.»

(La vida es el día caluroso: la muerte es la noche fría. Ya empieza á anochecer: tengo sueño; el día me ha cansado.)

Aun hoy, hay las opiniones más distintas sobre Heine, que se llamó á sí mismo un segundo *Quijote*; pero mientras el valiente Caballero de la Mancha quería restituir la edad de la caballería, Heine trató de destruir todo lo que aun quedaba de la Edad Media. Don Quijote creía ver castillos en las ventas, caballeros en los arrieros y damas en las mozas; á Heine, por el contrario, los castillos le parecían albergues de bribones; los caballeros, borriqueros, y mozas, las damas de la corte.

Al francés Eduardo Grenier, que acaba de publicar en la *Revue Bleue* la historia de su trato con el poeta alemán, le gustaba el vate, sí, pero no el hombre. Dice: «Era el espíritu de Ariel en el cuerpo de un filisteo.» Grenier, que tradujo al francés muchas composiciones líricas y artículos de Heine, dice que éste no sabía escribir un francés fácil, elegante, castizo y puro, y que todos sus artículos franceses publicados en la *Revista de Dos Mundos* se debían á la ayuda de otros, entre los cuales se encontraba el mismo Grenier.

Mi amigo el doctor heinófilo y catedrático de la Universidad de Bonn, Hermán Hüffer, publicó ha poco las cartas que dirigió el poeta á un amigo suyo, el espiritual Juan Hermán Detmold, durante el espacio de treinta años, dando aquella larga correspondencia testimonio de una amistad constante. Detmold era la providencia de Heine cuando éste, viéndose privado por sus parientes de la pensión que le había dado su tío Salomón, rogó á su amigo de siempre intimidase, por medio de la prensa, á los herederos de Salomón, y moviese la opinión pública á favor del poeta y contra los millonarios. ¿Quién, hoy, habla de éstos? Todos, en cambio, hablan del poeta. Pero en nuestros días ha sucedido en Alemania una cosa incomprensible para todos los amantes de la patria y de las letras y para todos los apasionados del poeta.

Al errante trovador, tan cristiano como caballero; al mil veces sublime narrador de *Á buen juez mejor testigo*, de *El Capitán Montoya* y de *Margarita la Tornera*; al autor de *El Zapatero y el Rey*, de *Sancho García* y *Don Juan Tenorio*; al maravilloso evocador de los *gnomos de la Alhambra* que esculpió, siendo ya viejo, con los trazos imborrables de la fe, del patriotismo y del genio, el ingente poema de *El Cid*; al que debiera descansar en los cármenes de Granada; al bardo del Emperador Maximiliano; al inmortal Zorrilla, que hizo del 23 de Enero de este año el

día más triste, más nefasto de España, le levantarán un monumento sus compatriotas, que lloran en él al cantor de la patria, de su numen, de su ídolo, la encarnación de su raza; al rey ungido en el alcázar árabe de Alhamar el Magnífico por el oleo santo del entusiasmo patrio; al hombre que ha sintetizado toda una literatura y que tan inmarcesibles glorias conquistó para su querida España.

Pero ¿qué diré de la mezquindad, del raquitismo, de la torpeza, de la ingratitud de la ciudad de *Düsseldorf*, en cuyos jardines los ruiseñores continúan entonando endechas por su hermano el poeta, que hace ya más de treinta años reclinó la lira de cien cuerdas de oro en su ataúd? *Düsseldorf*, de quien decía Heine en sus inmortales *Cuadros de viaje*: «Si, señora, allí he nacido, y lo hago constar expresamente por si llega el caso de que, después de mi muerte, siete ciudades, Schilda, Krähwinkel, Polkwitz, Bockum, Dülken, Göttinga y Schöpenstedt, se disputen la honra de mi patria..... La ciudad de *Düsseldorf* es muy bella, y cuando se piensa en ella desde lejos, y por casualidad ha nacido uno allí, experimenta sentimientos extraños. Yo he nacido en ella, y me parece que debiera volver al punto á mi patria»; la ciudad de *Düsseldorf*, decimos, acaba de hacer un atentado digno de la fama de Schilda, de Krähwinkel y de Schöpenstedt contra su hijo más ilustre, denegando á Heine, que se ha levantado monumentos mil en las letras de Europa y América, el homenaje de admiración, de amor y de gratitud que su indiscutible gloria le había conquistado. Al insigne proscrito, que tenía ese doble carácter de águila y de paloma, le desterraron por segunda vez sus propios paisanos, los señores consejeros de *Düsseldorf*, denegándole hoy el monumento que hace algunos años, con aplauso de todos los amantes de la poesía, habían concedido al poeta mártir. ¿No dirá nunca el genio de Heine: «¡Ya estoy entre los míos!» El mundo del sentimiento y del espíritu están de luto como el día en que murió el gran poeta. Heine se hubiera consolado con su risa amarga, que es la risa del pueblo judío maltratado durante tantos siglos. Él no necesita monumento ninguno: sus monumentos perdurables son sus cantos dulcísimos, sus notas ardientes, que el Rhin lleva en sus ondas.

Ya en 1888 el poeta pintor catalán Apeles Mestres nos pintó el monumento que se ha levantado Heine en el corazón de los pueblos:

«Cada Abril neixent vesteix de violetas
Las pedras gegants del fort basament;
Lo fris esculpit, de nius d'orenetas;
De lotus y estels, lo cornisament.
L'amant rossinyol ún á ún desgrana
Los dolcíssims *lieds* que entonava el mort,
Y besant sos peus la mar soberana
Las estrofas diu de la *Mar del Nort*.»

Parece que la ciudad de *Düsseldorf* se estremecía al ver á Heine con su laúd, como D.^a Clara en el conocido romance del célebre autor de *El Cancionero*, al oír decirle el incógnito caballero con zumbante sorna:

«¡Yo, vuestro rendido amante,
Vuestro adorado, señora,

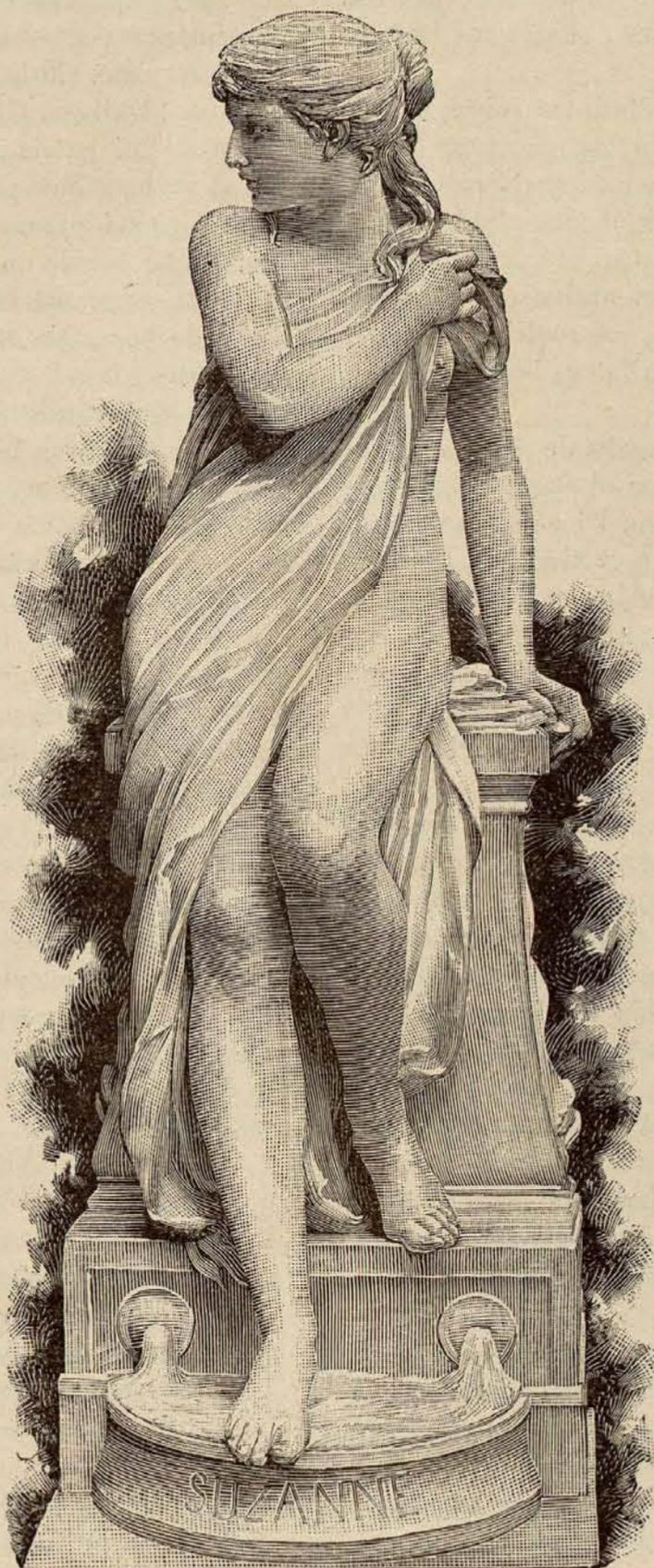
Soy el hijo del sabio y eminente
Gran Rabino, Israel de Zaragoza!» (1).

(1) Cito la versión del eximio poeta venezolano *D. J. A. Pérez Bonalde*, el excelente traductor de Heine. Trémula entre mis manos la pluma, viene hoy á tributar un homenaje, humilde pero sincero, á la memoria del inspirado cantor del Niágara, el campeón de lo bello, con motivo de su desaparición eterna del mundo de los vivos.

Los poetas rhinianos hemos alzado indignados nuestra voz contra la conducta de *Düsseldorf* para con su cantor, el sacerdote incorregible de lo bello, brindando yo por el maestro de los vates del Rhin, por el bardo de *Lorelei* y de *Romeria á Kevlaar*, el inmortal Heine.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 1893.



SUSANA.—ESCULTURA POR AIZELIN.



Á UNA ANTIGUA AMIGA

ENVIÁNDOLE UN RETRATO

Nos conocimos jóvenes, ¿te acuerdas?
 Eras tú casi niña,
 Y adornaban mi sien rubios cabellos,
 Jirones hoy de nieve y de ceniza.

Los cármenes de Loja y de Granada,
 Los patios de Sevilla,
 Los huertos de Valencia y las azules
 Ondas del mar do Cádiz se reclina,

Más de una vez testigos silenciosos
 Fueron de nuestra dicha,
 Y más de una también los inundamos
 De alegres cantos y sonoras risas.

Ajenos al amor de los sentidos,
 Con el alma dormida
 Á cuanto no era luz, visión, ensueño,
 Perfumes, y colores, y armonías,

Envidiar no pudimos un instante
 La placidez tranquila
 Del lago, cuya tersa superficie
 Ni lluvia enloda, ni huracán agita.

La edad y la fortuna, para muchos
 Mortales enemigas,
 Alzaron una valla entre nosotros,
 Que la ausencia después convirtió en sima;

Y borradas la imagen y el recuerdo,
 Pues nada se eterniza
 Aquí donde lo frágil es emblema,
 Símbolo, y atributo de la vida;

Tú opulenta, yo pobre; tú envidiada,
Yo extraño á toda envidia,
Nos volvemos á hallar cuando al ocaso
La tarde melancólica declina.

No trato de ofenderte, pero aun dudo
Si eres aquella misma
Cuyo contorno reveló á mi mente
El arte griego y el cincel de Fidias.

De mí, ¿qué te diré? Por lo sinceras
Tus frases hago mías:
—No me conservo mal; tengo, á Dios gracias,
Cuanto para vivir se necesita

Como yo;—gran salud, algo de gota,
Un poco de fatiga,
Bastante claridad en el cerebro,
Y algunas telarañas en la vista.

Eso mi efigie te dirá muy alto
Si con bondad la miras;

En cuanto al interior, allí se esconden
De todo lo pasado las reliquias.

El tiempo me privó de muchas galas;
Mas llevo todavía
En la cabeza el yelmo de Mambrino,
Y en los hombros la capa de Almaviva.

Ni águila soy, ni ruiseñor siquiera,
Desmiente al que lo diga;
Para águila caudal me faltan alas,
Y para ruiseñor me sobra tripa.

Pero no he sido ni seré tampoco,
Aunque la edad me rinda,
El ave de corral que en el estiércol
Vegeta codiciosa y egoísta.

Desacorde ó templada, dulce ó grave,
Á Dios debí una lira,
Y al cerrarse mis ojos, en mi labio
Plegaria y nota expirarán unidas.

MANUEL DEL PALACIO.



EL PADRE JUAN



Más de sesenta le echaban sus convecinos.

Pero él era modesto en todo y rechazaba cuantos pasasen de cincuenta y dos años.

En esta edad se había plantado el señor Juan, y luchaba contra abonos y regalos.

Verdad era que de haber cumplido los sesenta, como querían algunos supuestos con-

temporáneos de Juan, los llevaba muy bien.

Conservaba buena parte de su vista de águila, y respecto á fortaleza, no tenía que lamentar con pena el transcurso del tiempo.

De agilidad algo había quedado en las aventuras de la juventud.

Lo de «Padre Juan» tampoco sabían todos de dónde procedía.

Era un secreto de los muchos del señor Juan.

—Alguna travesuriya—que decían los que le trataban á fondo hacía algunos años.

Y habría sido lo que las mujeres llaman un «buen mozo».

Con aquellos ojos negros y aquellas patillas de *boca e jacha*, un tiempo negras y pobladas, si ahora blancas y poco *acompañás*, de seguro que Juan era lo que dicen un hombre hermoso.

Alto, atlético, buen caballista y valiente y espléndido con dinero propio ó con dinero ajeno, por fuerza habría de tener partido entre las mozas y aun entre los mozos de su época.

Lo de «su época» molestaba un tanto al señor Juan.

Pero se resignaba, al fin, reconociendo que había pasado su época de esplendor, de actividad, por lo menos.

Era un veterano.

Su aspecto daba idea de un militar curtido por el sol y el viento y acariciado cien veces por el augusto soplo de la pólvora.

—¿Ha servido usted en el ejército, amigo?—le preguntaban algunos forasteros.

Y él respondía:

—No he servido; pero he pasado mi vida en campaña, puede decirse: he sido cazador, y he vivido en el monte más que en pueblo alguno.

El señor Juan había declarado en casino la posada de Abajo, llamada así para distinguirla de la del pueblo, denominada la posada de Arriba.

La de Abajo era muy superior, tanto por su situación en una margen de la carretera general, y á veinte pasos de la estación del ferrocarril, cuanto merced á la llanura inmensa que había invitado al ingeniero que trazó la vía con una rasante horizontal soberbia y con escaso movimiento de tierras.

La situación de la posada de Abajo era excelente.

Y allí se había formado el casino de desocupados, y allí bebían y allí pasaban el día y parte de la noche.

El señor Juan era uno de los vecinos más respetados, y no sé si más respetables del pueblo.

—¡Ha hecho más favores en este mundo!.....—exclamaba uno.

Y como demostración, relataba un ejemplo ó dos de Juan.

—Ha sido un valiente.

—Un padre para los pobres—ratificaba otro sujeto.

Sumando las opiniones de todos los vecinos de aquella comarca, resultaba el señor Juan un santo sin ejercicio, el padre de los pobres, según le denominaron un tiempo.

El amo de la comarca.

El señor Juan ocultaba sus hechos y hazañas con modestia.

Pero le llegaron á lo vivo.

Unos cazadores que caminaban como quienes eran, con comodidad y aun con lujo, llegaron á la posada de Abajo.

El señor Juan estaba allí.

Alguno de los cazadores debía conocer el nombre del señor Juan y sus ocupaciones anteriores.

La conversación se generalizó mientras mis amigos y yo, pues íbamos juntos, almorzábamos como príncipes, sin conseguir que el señor Juan alternara sino en el beber.

—Conservo algunos gustos, y otros me han abandonado enteramente.

La conversación se animaba, y uno de mis amigos dijo al señor Juan:

—¿Usted habrá conocido en esta tierra á los famosos ladrones que tanto dieron que hablar y que escribir á Dumas?

—Y á ese Mr. Dumas también he conocido: era un francés que parecía que llevaba por cabeza una escobilla para limpiar cañones. Y he conocido á los Niños de Écija, y al Rey de las montañas, á José María.

Nos miramos unos á otros, y Juan continuó:

—Y he conocido la voluntad de alguno de ustedes, y voy á darles gusto en cuanto pueda.

—Pudiera ser que no—rectificó uno de mis amigos que lleva uno de los títulos de Castilla más brillantes.

—Daría yo unos cuantos duros..... he dicho mal, unos cuantos miles de duros por saber á quién debo la vida.

El señor Juan fijó una mirada en A., y sonrió con cierta satisfacción.

—¿Pues cómo es eso?—preguntó después.

—Sí, parece que siendo yo un chiquillo me secuestraron Juan Caballero y su gente.

—Aquellos bandidos.....

—¡Eh!—interrumpió Juan.

—Ladrones y asesinos.

—¡Vaya, vaya! Dejarles estar, que á los muertos no hay para qué removerles los huesos.

—Ello fué que me secuestraron, asustando á mi pobre madre, y que me dieron vida de perros. Pero que hubo en-

tre ellos un hombre que instruido y sobornado por mi padre, me salvó de una muerte cierta, apoderándose de mí no sé cómo. Verdad es que bien se lo pagaron, según creo.

—Es que no hay nada de eso: ni Juan fué quien secuestró á usted, ni le remuneraron á su libertador, ni..... hace falta.—No—continuó reanimándose.—En esa clase, como en todas, como entre las fieras, hallará usted algunas con corazón. Usted cayó en poder de aquellos miserables. Su suerte no hubiera sido muy buena, porque el señor Conde de..... se negaba á rescatar á su hijo..... Hay gentes para todo.

—¿Eh?

—Digo que yo lo respeto todo. Pero Juan, que supo lo que ocurría; Juan, que debía algún beneficio al Conde y muchos á los niños en general que le servían con sus gritos como de centinelas avanzados, se valió de una estratagema para quitarles el niño sin que les ofendiera el acto.

Llegó un cura una noche, y al cura, previa una señal, se entregó el chiquillo, bajo la garantía de Juan.

El cura dejó al niño en brazos de su madre.

—¡Ah! Entonces.....

—Entonces usted era el niño y yo el *Padre Juan*..... Caballero.

EDUARDO DE PALACIO.



DE MERIENDA.—CUADRO DE MOREAU DE TOURS.



LLUVIA DE FLORES

Se aburría de un modo terrible, como un millonario británico atacado de fastidio.... Cuidado que el Duque había puesto un estudio espléndido, digno de una de esas firmas universales en el arte é indiscutibles; un *atelier* de gran pintor, con alfombras persas, tapices flamencos, biombo japonés, tóbores, vargueños, fraileros, armarios, con porcelanas, barro y mayólicas; pero pasada la fiebre de su nuevo capricho empezaba la cortesana á odiar el pincel.... Dotada por la naturaleza de una imaginación viva, de una espiritualidad extraña, única pureza no bastardeada por el fango que la hacía superior á esos montones incitantes de carne maciza del pecado, estatuas por dentro y por fuera, soñó con el caballete, y su opulento protector la tomó un maestro que la enseñara.... Á los seis meses manejaba el color.... Á los siete se cansó.

Quizás contribuía á fomentar su tedio la magnificencia regia del Duque, que halagaba y satisfacía en el acto todas sus inconstancias de mariposa.... Se la ponía en las mientes guiar. Á los dos ó tres días tenía á la puerta de su hotelito un cesto tirado por una yegua. Cambiaba la veleta y le placía el arpa. Á renglón seguido un instrumento de

talla de oro. Trenes, trajes, teatros, playas, cuanto ambicionaba aquella mente insaciable, siempre pidiendo más, otro tanto obtenía. No hubo en el mundo galante reina que se asentara en un trono tan rico; bien que ella era al modo de una de aquellas helénicas cortesanas tan codiciadas por su talento como por su hermosura, y en medio del ambiente que por su posición social la rodeaba, sabía conservarse con un misterioso decoro muy semejante á la virtud.

Y en el fondo era honrada. Los azares de la vida, cualquier vértigo de los que asaltan á los corazones impresionables como repentinas tormentas, la arrastró al abismo, y cayó; pero jamás hizo pedestal para subir de su belleza, y sólo consintió en encumbrarse vencida por las delicadezas del Duque, que supo hablarla al corazón, sin tratarla nunca como á un despojo que se toma. Amaba, pues, al aristócrata con toda su alma, y había en su amor algo de íntima gratitud; se sentía un poco redimida por aquel cariño que se inclinaba ante su dignidad.... Muchas veces su noble amigo la sorprendía con lágrimas en los ojos.... Á lo mejor, en medio de sus alegrías, acometíanla inesperadas tristezas que dejaban al prócer estupefacto.... El joven, que realmente quería á la muchacha, que descubría en ella cierta cosa singular, un espíritu tierno y una inteligencia clara, se quedaba estupefacto.... ¡Bah!.... Concluía la pobre por sonreirse.... Niñerías, neurosisismos.... El pícaro histérico, eterno enemigo de la mujer.... ¡Á gozar, que la existencia es muy corta!.... Y se iban al campo buscando la dulce soledad, como dos recién casados.... He ahí su anhelo, siempre punzante y siempre imposible.... Más que el hoy, los sombríos recuerdos del pasado, del ayer imborrable de la memoria.... No sólo ser buena, que podría serlo disponiendo del porvenir, sino haberlo sido....

Aquella tarde sentíase más triste que nunca: tenía revuelta la nostalgia.... Pintaba un bodegón, y olvidando paleta y pinceles, permanecía aposentada en un asiento sin respaldo, hundida en un éxtasis, con los ojos fijos, sin verlo, en el abierto ventanón del estudio, dejando volar la mente á sus anchas.... No hacía media hora que acababa de recibir del Duque una canastilla atestada de rosas sueltas: eran las primeras del año.... Esparcían un suave aroma, llenando el cuarto de un ambiente singular de primavera. La cortesana acogió con suprema frialdad el obsequio, arrojó sobre las flores una mirada sin entusiasmo, y se dignó aspirar un capullo sin salir de su ensimismamiento.... Entraba un dulce vienteillo que acariciaba los rizos rubios de la dama.... No lo advertía.

De pronto llegó á oídos de la cortesana un cántico lento y piano, una melopea pausadísima, entonada por una fresca voz de mujer. La pecadora se abalanzó al ventanón con un

impulso rápido, y miró. El estudio era el piso último y único de la casa; la nana brotaba á la izquierda, en uno de los sotabancos, pegados á la fachada del estudio. La joven se quedó absorta, embargada por una dulce obsesión, y se sonrió sin notarlo..... En el rostro se la pintó una serena complacencia.

Dentro del marco de una ventana, pegado á las vidrieras para no desperdiciar luz, distinguíase un hombre sentado ante una mesa humilde y despintada; sobre su tablero había diversos platitos con tinta de china y varios compases y otros instrumentos de matemáticas; el mozo dibujaba sin levantar cabeza. Á su lado, una muchacha en su espléndida adolescencia, fresca y linda, aposentada en una silla, mecía con blandura una modesta cunita en la que acababa de coger el sueño un niño de turbulenta cabellera. La criatura dormía blandamente arrullada por la canción, y la madre la miraba de hito en hito, olvidándose de la costura de tienda que descansaba sobre sus rodillas..... Al cabo, como el que se arranca en fuerza de voluntad á su dicha, apartaba los ojos del ángel, y esgrimía de nuevo la aguja..... Todo era, en lo que se vislumbraba de cuarto, pobre, exiguo, raído; los muebles maltrechos, el pavimento sin estera..... Se adivinaba allí una casa sostenida por un exiguo sueldo, un hogar en el que quizás faltaba el pan á menudo.

Pero no la resignación..... Entre el dibujante y la costurera escasamente sumarian los cuarenta años..... Trabajaban, sin embargo, con la constante asiduidad de dos viejos..... Era la suya una juventud tranquila, hecha á la continencia como desarrollada en la desgracia, melancólica en fuerza de soñar venturas irrealizables..... En aquel pò-

bre hogar desmantelado y exhausto no faltaba, á pesar de ello, la dicha de la miseria conforme con su suerte, que espera..... Carecían, quizás, de lo más necesario para la vida, pasaban hambre, sin duda; pero nada les importaba..... Se querían, y tenían bastante..... El amor concluye por azularlo todo.....

La pareja no había notado el espionaje..... La cortesana procuraba esconderse..... Aquella honrada dicha que surgía de pronto ante sus ojos; aquella miseria feliz, compartida espontáneamente por dos seres que fundían en una sola su mutua desgracia, que se ayudaban sonrientes y satisfechos de su propia abnegación; aquella ventura patente, declarada, á la luz del sol, le trajo á la mente la soledad de su existencia, soledad eterna y sin esperanza de conjurarse; su dicha escondida, furtiva, siempre robada, siempre en la sombra; su hogar rebotante de lujo, pero no calentado por el amor de la familia; su hermosura, que la volvería la espalda con la vejez; su abandono..... La emoción la venció: agolpóse á sus párpados un furioso golpe de lágrimas, y apoyando la cabeza en el marco del ventanón, rompió á llorar con un llanto sin sollozos, en silencio.....

De pronto enjugó sus lágrimas: aquella lluvia pareció serenarla; en su imaginación espiritual y viva debió brotar alguna idea feliz: sonrióse con delicia; entróse en el estudio; cogió con afanosas manos la canastilla; se acercó de nuevo al ventanón, y empujando con violencia la cesta para que llegaran, y retirándose en el acto á fin de no ser vista, despidió las flores, y la dichosa pareja vió penetrar estupefacta por la ventana de su sotabanco un aguacero de rosas.....

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

CONSOLACIÓN

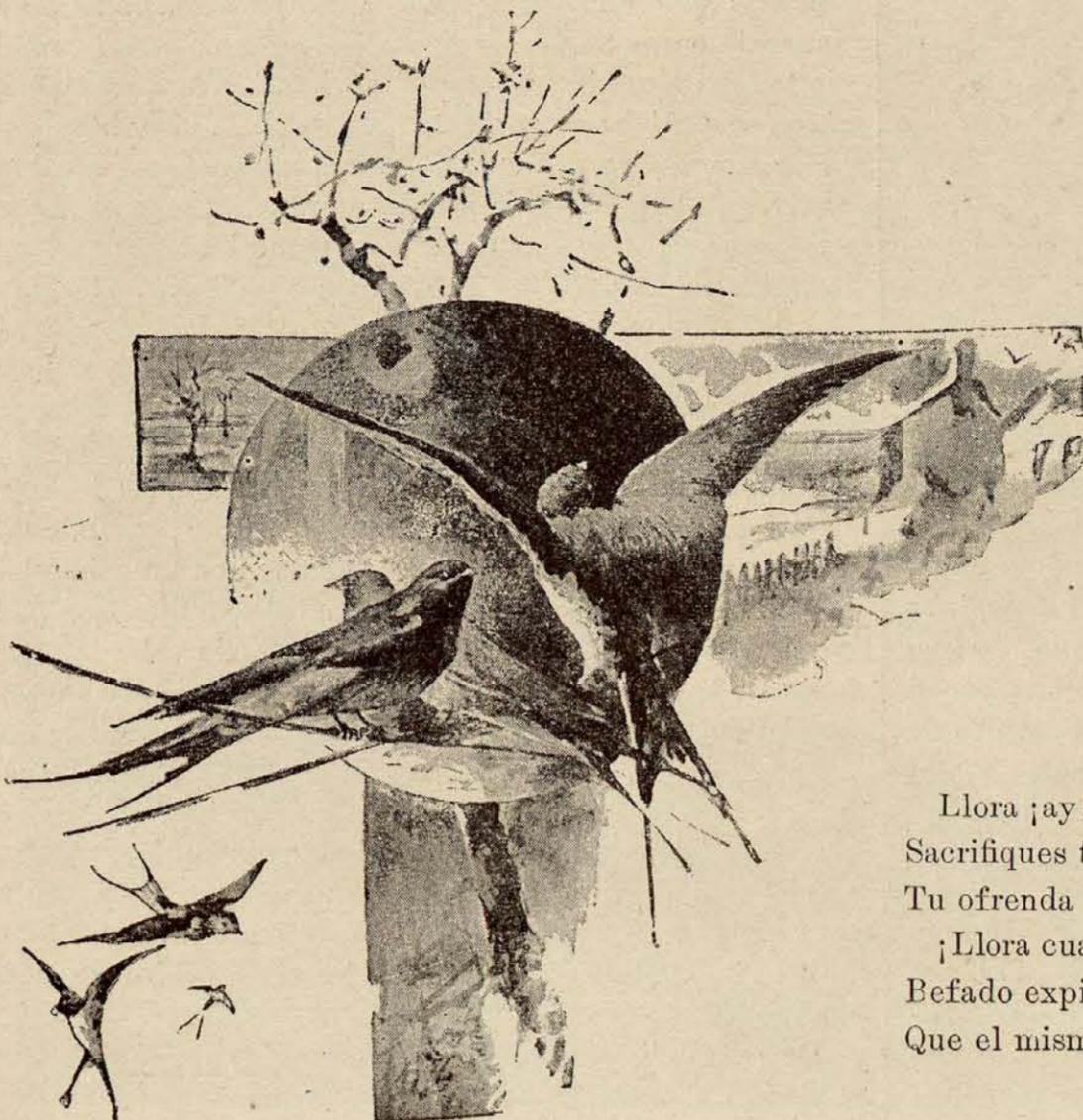
No prodigues tus lágrimas en vano,
Dulce Antonio, por leves sinsabores,
Ni humilles tu altivez á los rigores
De infame ingratitud en pecho humano.

Recobra de tu espíritu lozano
La serena quietud; y nunca llores
Mientras mi amor ofrezca á tus dolores
Brazos de amigo y corazón de hermano.

Llora ¡ay! cuando al deber y á las ideas
Sacrifiques tu bien, y en torpe juicio
Tu ofrenda santa escarnecida veas.

¡Llora cuando, ciñéndote el cilicio,
Befado expires, y expirando creas
Que el mismo Dios rechaza el sacrificio!

FEDERICO BALART.



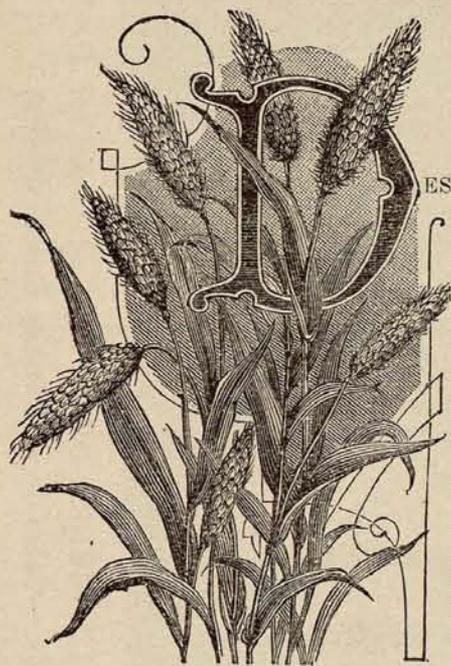


UNA VENTA EN LA SIERRA DE ÁVILA. — CUADRO POR DE VILLEFROY.

(Paris. — Salón de los Campos Elíseos de 1893.)

LA BATALLA DE MONS

(JUEVES 17 DE JULIO DE 1572)



DESDE que sucumbió aquella heroica alma española que nos daba calor para las más altas empresas, vivimos desalentados, como pesarosos de lo pasado y desconfiados de lo porvenir. En los días de desventura renegamos de lo que fuimos; buscamos el remedio de nuestros achaques en las ideas é instituciones de los enemigos, no tanto por mejores que las nuestras, cuanto por suyas,

hallándolas rodeadas del prestigio de la victoria. Dímonos á aprender la Historia y las causas de la decadencia de la patria en libros que escribieron, vengando con la pluma agravios de la espada, los tantas veces vencidos por nuestros padres, y dejamos en el olvido los que se compusieron con ideas y casi con sangre españolas.

Este olvido de nuestras glorias (que en muchos es disgusto) alcanza muy particularmente á las guerras de Flandes, con ser de las más señaladas y honrosas que los españoles han sostenido; las más dignas de alabanza por la heroica firmeza con que se continuaron contra todo el poder de tantas naciones enemigas, y las de más provechosa lección, porque en ellas puede aprenderse al cabo de cerca de cuatro siglos el difícil arte de regir ejércitos. Julián Romero, Francisco Verdugo, Cristóbal de Mondragón, Sancho de Londoño, Francisco de Bobadilla, Sancho de Ávila, Francisco Valdés y Gonzalo de Bracamonte, jefes insignes que á las órdenes del gran Duque de Alba, de D. Juan de Austria y de Alejandro Farnesio gobernaron las tropas españolas en Flandes, fueron los maestros de Turena y de Condé. Merecían andar en la memoria de los españoles de ahora, y hasta entre militares se ha perdido su recuerdo, salvo en aquellas contadas excepciones que no hay para

qué nombrar. Merecedores de eterna fama, quédales tan sólo el culto de algunos fieles, mientras la España que cayó después de ellos, y que aun no ha podido levantarse, los ha olvidado quizás por indigna de comprenderlos.

La breve campaña de D. Fadrique de Toledo en el país de Henaut en 1572, y el desbarato del ejército francés que iba en socorro de los rebeldes de Holanda, es una de tantas empresas españolas apenas conocida, debiendo serlo de todos. No tiene aquella increíble grandeza del socorro de Targoes por D. Cristóbal de Mondragón, ni de la empresa de Zierikzee, pero enseña muchas cosas, como se verá.



Los Países Bajos en manos de España eran una espina que los monarcas franceses procuraban arrancar del pecho de su nación. En 1566 escribía Granvela á Felipe II que los descontentos de Flandes se entendían con los hugonotes de Francia. Condé y Coligny ayudaron á los rebeldes en lo que pudieron, y hartó lo sabía el Duque de Alba.

Venció aquel veterano general la rebelión con la dureza que merecía y que nuestros calumniadores (1) han ponderado tan excesivamente, después de lo cual escribió al Rey pidiéndole permiso para volver á España, pues los muchos años y achaques le tenían débil y atormentado, siendo el clima de Flandes muy poco á propósito para su salud. Respondió D. Felipe á su último requerimiento nombrando para sucederle al Duque de Medinaceli.

Al saberse en los Estados el nombramiento, representaron al de Alba que, pues la tierra estaba pacífica, enviase á Lombardía la caballería ligera, y sacase las guarniciones de las ciudades. Atendió á lo primero, conocido el parecer del Rey, dejando sólo en los Estados 500 caballos ordina-

(1) Así extranjeros como nacionales. Muchos de estos catedráticos. Algunos de universidades españolas, podría sacar aquí á la vergüenza pública. Quédese para otra ocasión.

rios; pero negó lo segundo hasta que dieran los dineros necesarios para construir en las ciudades castillos que las aseguraran, *lo cual*, según dice D. Bernardino de Mendoza en sus admirables *Comentarios*, *alargaron de día en día*.

Preparaban los descontentos segunda rebelión, muy animados con promesas de socorro de ingleses y franceses. Los Reyes de Francia y de Inglaterra (cuyas naciones no se habían distribuido todavía los importantes papeles de guías y mantenedores de la civilización, que hoy tienen) temían que Felipe II acabase con el poder del turco y viniese á quedar señor de Europa. «Les parecía, y con mucha razón, escribe D. Bernardino de Mendoza, á los que estaban celosos de la grandeza de Su Majestad, que con ninguna cosa le podrían impedir mejor las empresas de Levante que con esta de moverle guerra en los Países Bajos por mano de los rebeldes de ellos.»

Con el pretexto del impuesto llamado de la décima, y la esperanza de que el Duque (á quien temían tanto como odiaban) saldría de los Estados para volver á España, pues se sabía que había pedido al Rey enviase persona que le tomase el gobierno, alzáronse Flesinga, Delfshaven y Enkuyzen, principales ciudades de Holanda, á principios de 1572. El 26 de Mayo tuvo el Duque, hallándose en Bruselas, noticia de haber entrado 400 franceses en Valenciennes, y de que trataban de ganar el mal guarnecido castillo de esta ciudad. Á las dos horas supo que el Sr. de Genlis, gran lugonote, había tomado á Mons, entrando con otros 100 caballeros franceses, que gritaban: *¡France!* *¡France!* *¡Ville gagne!* *¡Ville gagne!* *¡Liberté du peuple!*

Peligaban la dominación y la honra de España. Los herejes no se daban punto de reposo en saquear templos, martirizar sacerdotes y degollar católicos. Vander Berghen levantara en Alemania 500 caballos herreruelos y 6.000 infantes, con los que caminaba la vuelta del ducado de Güeldres. El de Orange juntaba tropas en Roermond. Muchas ciudades parecían inquietas. Aconsejaron al Duque se retirase á Amberes, pues en Bruselas, ciudad abierta y con solas cinco banderas para la defensa de su persona, peligraba ésta. El Duque respondió como cumplía á su honra, levantando mano en lo de su vuelta á España y declarando á sus consejeros que si se metía en Amberes creerían los rebeldes que les temía, y que con sólo que lo creyeran crecería la reputación de ellos, con daño de la suya y del servicio del Rey.

Llegó por aquellos días la armada de España conduciendo al Duque de Medinaceli, á quien D. Felipe enviaba para tomar el gobierno al de Alba, conforme éste había tantas veces pedido; pero, viendo el estado de los negocios y las razones del Duque, no se lo tomó. Con él habían corrido los riesgos del viaje, que no fueron pocos, por lo muy poderosos que estaban ya en la mar los rebeldes y por el mal tiempo, 1.600 soldados de infantería que regía el ilustre Julián Romero.

Con tan menguados refuerzos, sin dinero y con la mala voluntad de toda Europa, emprendió el Duque de Alba aquella magnífica lucha, comenzando por dirigir la perspicaz mirada á la frontera francesa, sabiendo muy bien que de aquella parte venía el mayor peligro.

Su primera determinación fué mandar á Maubeuge las compañías de caballos de D. Bernardino de Mendoza y don Pedro de Tassis, para que desde aquel puesto fronterizo, cercano á Chateau-Cambresis, hacia donde los rebeldes se juntaban, cortasen y rompiesen los pasos de Francia, impidiendo que fuesen metiendo gente en Mons, á la deshilada, como empezaban á hacerlo.

Pasadas algunas semanas, mandó caminase la vuelta de aquella plaza las 10 banderas de españoles del maestre de campo D. Rodrigo de Toledo. Después envió otras 10 banderas de valones, las tres del Condé de Reulx, y tres compañías de caballos. De general iba su hijo D. Fadrique, llevando en calidad de maestre de campo á Chapin Vitelli.

Llegó D. Fadrique delante de Mons el 23 de Junio, estableciendo su cuartel general en una abadía, á media legua de la plaza. En cierta casa del camino de Maubeuge colocó una bandera de españoles. Desde aquel sitio cerraba las comunicaciones de los rebeldes de Mons con los que en Francia se aprestaban á socorrerlos, y cuyos movimientos conocía perfectamente, merced al acertado empleo que, como los más de los generales españoles de entonces, y particularmente el Duque de Alba, hacía de la caballería, y á un buen servicio de espías.

El Sr. de Genlis salió disfrazado de la ciudad y logró pasar á Francia para organizar y apresurar el socorro, quedando dentro el conde Luis de Orange con 1.500 hombres, entre franceses y flamencos. Don Fadrique extendió su ala izquierda, ocupando al día siguiente á Saint Guislain para completar la incomunicación de los sitiados, siendo muy de notar la previsión que tuvo de reconocer al mismo tiempo la línea del Haine, riachuelo que nace en Binch, pasa por Mons y Saint Guislain y va á morir en el Escalda. También reconoció los alrededores de Saint Guislain, suponiendo que aquél sería probablemente el camino que traerían los enemigos, y que allí había de acudir para desbaratarlos.

Al parecer, aconsejaba la prudencia que se alargase el dar la batalla para cuando el Duque juntase su ejército, por ser poco más de 3.000 hombres los que D. Fadrique tenía, contando las cinco compañías de caballos que á las órdenes de D. Juan de Mendoza vigilaban, de Maubeuge á Bave, los movimientos de los enemigos. Pero D. Fadrique pensó que éstos vendrían al socorro de Mons muy pronto, y que retirarse delante de ellos sin pelear sería causa de que ganasen atrevimiento y metiesen tanta gente en aquella parte de Flandes, que nunca pudiera igualarla el ejército español en número, y se perdiese la provincia y con ella los Estados. Por estas fundadas razones y porque cuadraba mejor á su carácter y á la alta idea que de sí mismo tenía entonces nuestro ejército, decidióse el General por una enérgica ofensiva, á pesar de que los avisos recibidos calculaban en 10.000 infantes y 2.000 caballos las fuerzas que traía el señor de Genlis.

El 11 de Julio trabóse una gruesa escaramuza con los de la plaza, que echaron fuera 600 arcabuceros y 60 caballos, cuya fuerza refrescaron más tarde con igual ó mayor golpe de gente. Volvieron muy escarmentados, llevándolos la caballería que mandaba D. Bernardino de Mendoza y los arcabuceros de Nápoles hasta los fosos, donde mataron muchos. Don Rodrigo de Toledo, que cargó al frente de los



EL DUQUE DE ALBA.

Nació en Piedrahita el año 1507.—Murió en Lisboa el 12 de Enero de 1582.

suyos, recibió nueve heridas, y Chapin Vitelli un arcabuzazo en una pierna. En aquellos días llegaron al campo español nuevas tropas, que elevaron el ejército de D. Fadrique á 4.000 infantes y poco menos de 1.000 caballos. Esperaba que se le juntasen muy en breve cinco banderas de infantería española que estaban en Maestricht, y el regimiento del Barón de Polwiller; pero la prisa con que Genlis acudió con el socorro no dió tiempo á que viniese aquel tan necesario refuerzo.



Era (y será siempre) escandaloso que en plena paz se reuniera un ejército de 12.000 soldados en una nación para meterlo en la vecina en socorro de rebeldes. Así lo representó al Rey de Francia D. Diego de Zúñiga, nuestro embajador en París, y lo mandó á decir por personas de gran autoridad el Duque de Alba. Pero á los consejeros de Carlos IX les parecía muy bien alimentar secretamente la guerra de Flandes. Por último, el Rey envió un gentilhombre á Bruselas á decir al Duque que ya había notificado á los hugonotes de la frontera que se deshiciesen ó saliesen del reino dentro de dos días, pena de la vida. Cuya determinación inspiró á D. Bernardino de Mendoza el siguiente comentario: «Cosa que hizo creer que pues se les ponía á los hugonotes que se juntaban para el socorro tan breve plazo en el desahacerse ó salir de Francia estar ya prestos y con tanto los veríamos luego entrar por los Países Bajos, y así fué. Porque á los 14 envió 800 arcabuceros y 400 caballos para que reconociesen á Chaustean en Cambresi y el camino que entre aquel lugar y Landrechies pensaban tomar.»

Aquel mismo día supo D. Fadrique (tan cuidadoso de las disposiciones y marcha del enemigo) el avance de dicha fuerza. Dispuso que inmediatamente fuese trasladado el bagaje á Binch, población que iba á dejar muy á retaguardia, y que caminase el ejército. Á la puesta del sol llegó aviso de que los herejes se habían vuelto á meter en Francia, por lo que la gente volvió á sus cuarteles.

Don Fadrique despachó aquella noche algunos caballos para que descubrieran á los enemigos y averiguaran la fuerza y dirección que traían y el orden de marcha. Al amanecer supo, por las patrullas destacadas camino de Chateau-Cambresis, que se hallaban á cuatro leguas.

Desde la tarde anterior estaba el ejército en orden de marcha, por lo que pudo partir luego que se conocieron aquellas noticias. Mandó D. Fadrique que D. Bernardino de Mendoza despachase 20 caballos de su compañía con orden de ir sobre los rebeldes y avisarle por momentos del camino que hacían. Mandaba esta fuerza el alférez D. Antonio de Figueroa.

El ejército español caminaba en la disposición siguiente, según el propio D. Bernardino de Mendoza, á quien en esta parte de mi narración voy siguiendo:

De toda la infantería, que eran 30 banderas, se hizo un escuadrón, mezclando las picas de las dos naciones, así por ser soldados nuevos los valones, como por no ser muchos los españoles. Mandaba el escuadrón Julián Romero, que por la posta había llegado de Bruselas. Al frente iba Chapin Vitelli, tendido en un colchón, y llevado en andas por gastadores, aunque muy herido y fatigado, deseoso de cumplir aquel día como quien era. Á la derecha del escua-

drón marchaban los hombres de armas repartidos en tres, y en otros tantos, detrás de ellos, la caballería ligera. Á la cola caminaban 400 arcabuceros y la compañía de D. Bernardino de Mendoza por si salía alguna gente de Mons á picar en la retaguardia. A la media legua de camino se ordenó que estos arcabuceros y la compañía de caballos se incorporasen con los demás, y que la caballería ligera tomase la vanguardia, siguiéndola los arcabuceros.

Una legua de camino llevarían cuando se recibió aviso de Figueroa de estar construyendo los enemigos un puente sobre el río Haine para pasar á la orilla derecha, en lo que ponían gran diligencia. Es de advertir que los franceses subían y los españoles bajaban por la izquierda, y del aviso de Figueroa se desprendía que los hugonotes querían meter el socorro en Mons, excusándose de pelear con los españoles. Por gente del país se supo, cuando el ejército, habiendo dejado atrás á Jemmapes, iba pasando de Saint Guislain, ser cierto lo de la construcción del puente, pero no lo del paso del río.

Quedó un momento perplejo D. Fadrique; pero no fiándose de los aldeanos, y perseverando en su sistema de conocer la marcha del enemigo por la caballería y guiarse por ésta, envió á Figueroa un destacamento sacado de la compañía de arcabuceros de á caballo de D. Diego Valdés, y mandado por D. Francisco Hernández de Ávila, para que buscara el contacto con el grueso de los hugonotes, y escaramuzase con ellos hasta tomar algún prisionero que aclarase aquella duda. Encontráronles á una legua corta de Saint Guislain, junto á una aldehuela llamada Autraige, donde al cabo de dos ó tres rucias cogió Hernández de Ávila un hugonote. Por éste se supo que el Sr. de Genlis, después de hacer en el puente de Pont Haine los reparos necesarios (pues estaba medio destruido), había pasado el río y marchaba con mucha prisa á Mons.

Como queda dicho, el General español había reconocido el terreno días antes, por lo que le fué muy fácil tomar sin pérdida de tiempo las disposiciones más convenientes para la batalla. Mandó que la caballería tornase á pasar el río, pues estaba de la otra parte, y que la infantería caminase al encuentro de los enemigos, tomando la vanguardia Julián Romero, el cual con grandísima diligencia los fué buscando hasta descubrirlos, muy adelantada la tarde, en un llano ceñido de arbolado bastante espeso y dispuesto en forma de círculo, de menos de un kilómetro de parte á parte. Una aldea con frondosas huertas ocupaba gran espacio de este llano, teniendo los hugonotes las espaldas en ella, enfrente el camino que habían traído, y á la izquierda el que seguía á Mons, y que ahora les era disputado por los españoles, que, á más andar, iban llegando por el primero.

Como nuestra gente iba siguiendo el alcance con tanta prisa, marchaba más suelta de lo que era menester para combatir á los enemigos y romperlos, por lo que Julián Romero ordenó que el capitán Juan de Salazar Sarmiento se metiese con 60 arcabuceros en el bosque y desde allí los entretuviese escaramuzando con ellos. Así cubiertos, parecieron á los herejes muchos más de los que eran, y su vanguardia se fué recogiendo á la aldea y huertas, para dar lugar á que llegara el grueso del ejército. Pero cuando al cabo de un rato (que bastó para dar tiempo al maestro de campo de mejorar y recoger su gente) reconocieron cuán pocos

eran los españoles, los cargaron con 500 arcabuceros. A buen paso metió Romero en el bosque 200 valones de la coronelia de Mr. de Capres, que venía de vanguardia, acudiendo con ellos su propio coronel y el capitán del Val; pero como los enemigos echaron fuera nueva gente (lo que les era fácil, pues tenían tanta), fué preciso ayudar á los que peleaban con otros 200 valones de la coronelia de Mr. de Lignes, que detrás de los de Mr. de Capres venían. A todo esto iba llegando la caballería ligera y hombres de armas y 200 arcabuceros españoles, con los capitanes don Francisco de Bobadilla, D. Diego de Carvajal, D. Hernando de Añasco y el propio D. Fadrique, que con el resto de la arcabucería acudía al ruido de la batalla, la cual estaba ya fuertemente trabada. «Venía á ser—dice D. Bernardino de Mendoza—de las más gruesas escaramuzas que los que allí se hallaban habían visto, por ser muy apresuradas las ruciadas.» Sucesivamente fueron entrando en ella las dos compañías de arcabuceros españoles de Alonso Montero y García de Valdés, el resto de la infantería y los hombres de armas que á gran trote seguían á la caballería ligera. Ésta formaba tres escuadrones, caminando todos en una línea muy á cubierto de los enemigos. Chapin Vitelli, aunque tan mal herido, hizose conducir á la pelea en una silla (1).

Los enemigos mejoraron su caballería, poniendo un escuadrón como de 100 caballos á su mano derecha, de suerte que guardaba la entrada del camino de Mons. La nuestra, á la que no veían por ser el sitio por que caminaba muy cubierto de árboles, y el día, que ya iba cayendo, muy obscuro, estaba enfrente, tan deseosa de pelear, que dos veces tuvo D. Fadrique en persona que detener á los hombres de armas.

Á esta sazón ya tenían los herejes en la escaramuza toda su arcabucería de vanguardia, y la iban avivando con la de su batalla y parte de la de retaguardia, echando siempre gente de refresco. Á las dos horas, no quedando otra de día, se resolvieron á cargar con lo más de ella para asegurar la jornada. En muy buen orden salieron de la aldea con sus banderas tendidas y gritando ¡France! ¡France! ¡Victoire! ¡Victoire! hasta 4.000 arcabuceros, los cuales cargaron tan furiosamente, que no bastando á detenerlos la ruciada con que les recibió nuestra arcabucería, la hicieron perder alguna tierra, y se alargaron por el llano, dejando muy atrás la aldea y casas y el escuadrón que les cubrían las espaldas. Viéndolos desabrigados, mandó D. Fadrique á la caballería que cerrase con la suya, lo que luego hizo con gran resolución por este orden: cargó primero D. Lope Zapata, á quien este día tocaba la vanguardia con su compañía; detrás D. Hernando de Toledo con la suya, lo que hacía un escuadrón, y en tercer lugar las dos compañías de D. Antonio de Toledo y D. Bernardino de Mendoza, que formaban el segundo escuadrón. En el llano quedó de reserva D. Juan de Mendoza con el tercero, por si, como era

(1) Así consta en la relación de la batalla que se conserva en el Archivo general de Simancas, y que ha visto la luz en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. En otra relación titulada *Lo que escriben de Amberes, Bruselas y Spira*, á 20, 23 y 27 de Julio de 1572, de la colección del Sr. Zabalburu, se dice que Chapin Vitelli se hizo armar y montó á caballo.

de presumir, los enemigos tenían emboscada alguna más caballería de la descubierta para cargar á la nuestra de sorpresa. El escuadrón se deshizo al recibir la carga, y aunque se cerró al abrigo de los árboles, se puso en huida al segundo choque. Los arcabuceros, que serían 800, y demás infantería, resistido el primer impetu de la furia francesa, cerraron con los hugonotes, devolviéndoles la carga muy gallardamente á tiempo en que la caballería los iba ejecutando por la retaguardia. Tres veces fueron rotos los franceses y otras tantas se volvieron á rehacer, pero á la cuarta los caballos ligeros y los hombres de armas los llevaron de hecho á espaldas vueltas. El alcance, por las casas y huertas de la aldea y los bosques próximos, aunque breve, por ir cerrando la noche, fué desastroso para los vencidos, completándolo el alférez Figueroa con haber tomado el paso del puente por donde habían cruzado el río, que á pesar de haberle dejado cortado pensaron aprovecharle para escapar mejor. Figueroa, con algunos caballos y más de 600 aldeanos que se le juntaron, degolló 400 de ellos, y en todo el alcance, que duró tres leguas, y en la batalla, se mataron é hirieron 6.000 hombres, siendo 600 los prisioneros, entre ellos el propio Genlis, con una gran herida en la frente, de que murió en el castillo de Amberes, pasados pocos días, y muchos señores franceses que con él venían. «Dice Genlis (leo en la antes citada relación de la batalla, que se halla en el Archivo de Simancas) que no ha salido de Francia jamás gente tan lucida ni tan ganosa de pelear, y que pensaba él que con solas ocho cornetas de caballos pudiera romper 2.000 de los de S. M. por ser todos nobles y gente de mucha calidad; y así dicen los soldados que se hallaron en esta batalla, que jamás han visto á los franceses pelear como éstos han peleado: gracias á Dios por ello.»

Es muy cierto que Genlis llevaba buena gente y escogida y probablemente soldados viejos, circunstancia importante porque descubre el propósito de la expedición y el calor que le prestara el propio Gobierno francés. No escapó á la sagacísima pluma de D. Bernardino de Mendoza, el cual escribe, terminando el capítulo XII de los *Comentarios*, que «en los huertos, aldea y bosque quedó mucha gente muerta, sin los que en la plaza donde se combatió quedaron, que, á lo que se pudo estimar por la mañana, serían como 400 hombres, y los más de encuentros y grandes cuchilladas y otros de arcabuzazos, entre los cuales había muchos hombres que parecían ser de más arte que los otros, á quien se puede pensar se había encomendado la vanguardia, donde murieron peleando como buenos soldados y sin perder un palmo de tierra de lo que habían ganado.»

De tan lucido ejército entraron aquella noche en Mons 30 caballos y 200 infantes desbalijados y rotos, sin armas y heridos algunos. Tomáronse 25 banderas y ocho cornetas de caballos, y sobre todo se hizo el efecto que se deseaba, que fué quitar á los de Mons toda esperanza de socorro de la parte de Francia. La que luego pusieron en el que traía de Alemania el Príncipe de Orange, que era mucho mayor que el de los franceses, no tardó en desvanecerla el Duque de Alba, apretando la plaza y rindiéndola, después de haber escarmentado al jefe de la rebelión y obligándole á retirarse, sin que le valiera, como no valió á Genlis, la superioridad del número.

Es de alabar en esta breve campaña del Henaut la gran resolución de D. Fadrique en buscar á los enemigos sin perder una hora, no obstante ser éstos, según las noticias que luego se recibieron, 10.000 infantes y 2.000 caballos, teniendo él sólo 4.000 de los primeros y 1.000 de los segundos, y dejando á espaldas una ciudad fuerte y bien guarnecida cual lo era Mons. Coligny, jefe de los hugonotes franceses, y gran soldado, aconsejó á Genlis que entrara el socorro sin pelear con los españoles; pero no lo pudo excusar, según se ha visto, á pesar de haberlo procurado con mucho empeño. Dice Julián Romero en la carta que escribió á Felipe II desde el campo de Mons, á 31 de Julio, que llegó la víspera de la batalla, y que siendo llamado por D. Fadrique y Noircarmes á consejo, fué de parecer que se peleara con los herejes. Sin embargo de esto, no parece probable que la gloria de la iniciativa sea toda suya. Desde que D. Fadrique llegó delante de Mons, resolvió buscar á Genlis, si entraba en Flandes, y desbaratarlo. Pruébalo el reconocimiento que hizo del terreno de la cuenca del Haine y campos próximos á Saint Guislain, donde, con el acierto que de allí á pocos días mostraron los sucesos, esperó encontrarse con ellos. Motivos políticos le obligaban á proceder con rapidez y audacia, y, obedeciendo á ellos sin duda, prefirió correr el 17 el riesgo de la lucha con fuerzas tan inferiores, á esperar la llegada del regimiento del Barón de Polwiller, que hacía 4.500 hombres, las cinco banderas de

españoles que estaban en Maestrich, y la compañía de caballos ligeros italianos de Aurelio Palermo, cuyas tropas se hallaban tan cerca que se le juntaron el 21. Pero como aun así habrían llegado tarde para impedir la entrada del socorro, no hay sino decir que D. Fadrique acertó peleando sin ellos.

Dispuso de la caballería aquel General según reglas estratégicas que algunos creen novísimas, que las demás naciones desconocían y que él aprendió de su ilustre padre. Apenas llegó á Mons, cuidó de cubrir la retaguardia, por donde esperaba ser atacado, con numerosas patrullas de caballería que le fuesen avisando de la marcha de los enemigos, ordenando que nunca los perdiesen de vista. Por sus avisos se guió para buscarlos, y cuando supo que se hallaban cerca, dió la vanguardia á la caballería ligera, sin duda con objeto de ir mejor cubierto y más prevenido. El empleo táctico que de ella hizo mandándola cargar en el momento decisivo, si bien fué muy importante para alcanzar la victoria, no es tan de admirar, pues en aquel tiempo en que las armas de fuego se hallaban en la infancia, podía ser de gran efecto una carga, como lo fué en este caso. El empleo estratégico sí que merece especial recuerdo, debiendo notarse que el caso, lejos de ser aislado, es común en las admirables campañas que los españoles sostuvimos en Flandes.

G. REPARAZ.



¡BUENA SIESTA!—POR CHEVILLIARD.